

RESEÑA

ANTONIO DIÉGUEZ, *TRANSHUMANISMO. LA BÚSQUEDA TECNOLÓGICA DEL MEJORAMIENTO HUMANO.* BARCELONA: HERDER, 2017, 248 PÁGS.

Juan Jesús Gutierro Carrasco

Universidad Pontificia de Comillas
jgutierro@comillas.edu

El filósofo de la ciencia Antonio Diéguez, quien hasta el momento había centrado sus reflexiones en el realismo científico (*Realismo científico*) y la filosofía de la biología (*La evolución del conocimiento. De la mente animal a la mente humana y La vida bajo escrutinio. Una introducción a la filosofía de la biología*), aborda en esta ocasión uno de los temas centrales en el debate científico y filosófico actual con el fin de arrojar algo de luz en este bosquejo de posiciones enfrentadas y provocar la reflexión.

En el primer capítulo Diéguez parte de la definición del transhumanismo como filosofía de moda o utopía del momento. En él se dan la mano tesis filosóficas, científicas, tecnológicas y, por supuesto, tesis político-sociales. En tanto que producto de fácil venta, el transhumanismo ha adquirido gran poder, sobre todo, en las sociedades occidentales, donde sus postulados coinciden con el deseo insatisfecho de amplios sectores de población, siendo incluso denominado 'proyecto de salvación laica'. Hay quienes consideran el transhumanismo, apunta Diéguez, como una nueva religión pues les une, de hecho, una visión escatológica del futuro y la búsqueda de un sentido para la vida cimentado, esta vez, en el poder de la acción y el control. Desde esta búsqueda de control abordará la inmortalidad, cuestión central en sus investigaciones, la cual ya no será un premio, pues estará al alcance de la mano humana, gracias al poder de la tecnología, remediar los errores biológicos del envejecimiento y la muerte.

Diéguez se adentra en los orígenes del movimiento transhumanista, del mismo modo que repasa las distintas instituciones y centros académicos que reflexionan sobre estas cuestiones e incluso nos llama la atención sobre la creación de organizaciones y partidos políticos afines al movimiento transhumanista.

Partiendo de la definición de transhumanismo como el “intento de transformar sustancialmente a los seres humanos mediante la aplicación directa de la tecnología”, Diéguez se adentra en las dos modalidades de éste. Por un lado, un transhumanismo cultural; por otro, el transhumanismo tecnocientífico, bien en su vertiente de Inteligencia Artificial, bien en la de biomejoramiento humano o biomejoramiento médico.

En capítulo segundo se aborda la cuestión de la posibilidad o no de creación de máquinas con inteligencia. Ahora bien, Diéguez se pregunta ¿qué entendemos por inteligencia? Y, en caso de que la tuvieren, ¿qué tipo de relación se daría entre el ser humano y las máquinas superiores a nosotros en inteligencia? Para ello el autor desarrolla la tesis de Hans Moravec, quien sostenía que en ese caso nuestra existencia se vería amenazada. Sólo convirtiéndonos en máquinas superinteligentes (trasladando nuestra mente a un cuerpo mecánico) podría el ser humano sobrevivir. Transfiriendo nuestra mente a una máquina programada para simular el comportamiento de nuestras neuronas, podríamos conseguir la inmortalidad computacional. Años después Moravec moderará su discurso acerca del futuro de los seres humanos afirmando que “probablemente ocuparán su tiempo en diversas actividades sociales, recreativas y artísticas” similares a las de un jubilado. Para nuestro autor, sin embargo, incluso si aceptamos la posibilidad real de que se den las circunstancias para que la especie humana desapareciera, el final no tendría por qué ser una exclusión competitiva sino quizá una mera reducción del espacio ecológico. Es más, podría darse incluso que los robots ni siquiera percibieran nuestra existencia, siendo su mundo, uno por completo ajeno al nuestro.

Ante la actitud orgullosa de aquellos que propugnan el fin de la especie humana, Diéguez se muestra inquietado, pues, si bien es evidente que no podemos renunciar a la tecnología, cree que sí podemos desobedecer el imperativo tecnológico que convierte en necesario todo lo que es técnicamente posible. Así, propone como control una política tecnológica adecuada y su condicionamiento a una serie de valores.

Centrémonos ahora en el concepto singularidad acuñado por Kurzweil para referirse al advenimiento del primer sistema superinteligente capaz de perfeccionarse a sí mismo, o capaz de fabricar otros sistemas más inteligentes que él, los cuales a su vez puedan hacer lo mismo, y así sucesivamente, en crecimiento exponencial, que terminará por hacer que el universo sea una entidad global inteligente. Diéguez duda de que estos avances tecnológicos conduzcan de forma innegable a la creación de una superinteligencia artificial, pues no todos los problemas a los que tenga que enfrentarse un ente inteligente podrá resolverlos operando solo con algoritmos. En todo caso, Diéguez apuesta por la conveniencia de limitar la implementación de los

avances en IA al desarrollo de sistemas capaces de realizar tareas concretas y abandonar para siempre el proyecto de crear una IA general que sería amenazador para la seguridad de los seres humanos. Para ello es necesaria una tecnoética madura que tome medidas de control sobre las investigaciones en IA.

En cuanto a los ciborgs, 'cybernetic organism', constituirían la integración del humano con la máquina. Diéguez afirma que, incluso en caso de que se logran las interfaces cerebro-máquina que pudieran controlar todos los componentes mecánicos a tiempo real por parte del cerebro humano, quedarían muchos problemas éticos y filosóficos, pues el ciborg radical estaría lejos de ser una entidad admirable y deseable, pudiendo ser destructivo de la personalidad humana.

En el capítulo tercero, Diéguez aborda la cuestión del *biomejoramiento*. Se fija en el potencial transformador y rediseñador de la naturaleza que tiene la biología sintética y la biotecnología, las cuales pondrán la vida entera en nuestras manos. Si bien hasta ahora son meras especulaciones, es conveniente, señala Diéguez, dado la radicalidad de las transformaciones, hacer el esfuerzo de pensar con anterioridad las consecuencias previsibles y las alternativas.

Para nuestro autor, en el hipotético caso de existir una 'naturaleza humana' todas las debilidades y miserias cuya carga arrastramos serían producto de ella, algo que nos llevaría a sugerir algunas mejoras posibles, pues pertenece a la propia naturaleza humana nuestra vocación tecnológica, que ha transformado el mundo y a nosotros mismos: el ser humano ha sido el más importante bioartefacto creado por el ser humano. Sin embargo, hay un rasgo de la 'naturaleza humana' que, defiende Diéguez, debería permanecer siempre: la capacidad para entender y evaluar normas morales.

Es la cuestión del control de la investigación: quién controla, a qué objetivos se encamina, qué intereses satisface, qué garantías de seguridad ofrece, qué criterios son empleados en la elección, lo que debe, según el autor, ser discutida críticamente y no sólo en el campo de la ética sino también en el de la política.

La postura de Diéguez es, por tanto, *precautoria* ante el biomejoramiento y abre varios interrogantes:

- 1) ¿Acaso sería fácil el acuerdo sobre qué cualidades son mejores o más deseables?
- 2) ¿Serían compatibles los mejoramientos? ¿Sería compatible una sociedad segura, tranquila y de gente feliz con una compuesta por individuos superinteligentes?

- 3) ¿Conduciría la suma de individuos mejorados a una sociedad mejor si suprimimos la vulnerabilidad que nos hace seres sociales?
- 4) ¿Acaso un uso completamente desregulado de estas tecnologías no nos conduciría a una eugenesia liberal? ¿No dependerá de los criterios con que se aplique, el respeto al bienestar que tuvieren y las posibilidades de autonomía futura de los descendientes?
- 5) ¿Está el ser humano capacitado para que los padres puedan elegir los rasgos basando su elección solo en aquello que pueda ser mejor para la vida sus futuros hijos?
- 6) ¿En qué medida todos estos avances tecnológicos son controlables y quién ejercerá dicho control si es que es posible que lo haya?

Sin duda, estos proyectos 'utópicos', o no tanto, vienen a suplir la falta de deseos, de referentes y de un proyecto vital humano que va a la deriva de la opinión común a la manera de un hombre masa. Esta es la cuestión y propuesta que, de forma novedosa, incluye el autor en el cuarto capítulo, donde propugna la actualidad del pensamiento de Ortega y Gasset en estas cuestiones.

Hay dos ideas orteguianas que tienen para Diéguez un enorme potencial para la reflexión. Por un lado, la idea de sobrenaturaleza, por otro lado, la de autotransformación tecnológica, conceptos ambos que nos cualifica como especie única: el ser humano es un ser tecnológicamente conformado, de tal modo que sin la técnica simplemente no es humano. Sin embargo, la hipertrofia de la técnica, ya aseguraba Ortega, conduce a la 'crisis de los deseos', una crisis de los fines propuestos. El hombre se encuentra desarmado, desorientado, sin saber qué elegir, por ello se limita a dejarse llevar por la opinión común o los medios de comunicación. El hombre masa es el subproducto del desarrollo tecnológico y de la facilitación de la vida que este desarrollo procura. Por ello, Diéguez cree imprescindible una educación y una reorientación de los deseos a fin de conseguir una técnica con fines sensatos, aunque no se puede vivir solo de la fe en ésta, pues ello dejaría de lado la consideración del contenido de nuestro proyecto vital y solo nos conduciría a una vida vacía.

En conclusión, ante el problema de no saber qué desear, al que ya apuntaba Ortega, son cruciales para Diéguez las cuestiones referidas a la concepción del ser humano que subyace a los planteamientos transhumanistas y a las técnicas de biomejoración, la visión de su historia, de su cuerpo y de su relación con el mundo.

Ante la cuestión de la inmortalidad, el autor muestra sus dudas de la deseabilidad de una vida interminable, nunca podríamos ver el mundo con ojos nuevos. Nunca volvería a haber una primera vez para leer el *Quijote*, para escuchar *La Traviata*, para contemplar el paisaje de las Highlands escocesas. Esta imposibilidad de ver el

mundo con nuevos ojos llevaría muy probablemente asociada una pérdida de creatividad. Podremos ser más inteligentes, pero la creatividad no es solo una cuestión de inteligencia, sino también de frescura y de originalidad. Una mente que ya lo ha visto todo no tendría muchas motivaciones para encontrar conexiones nuevas entre lo ya bien sabido. La enorme memoria de los fracasos anteriores sería un obstáculo, quizá irremontable, para asumir nuevos riesgos intelectuales. El peso del pasado se tornaría una rémora constante y creciente.

Y, por último, una de las cuestiones más espinosas es el papel de la ciencia. Si bien su influencia es enorme en todos los campos de la sociedad, su subsistencia se basa en subvenciones estatales o grandes inversiones privadas, lo que condiciona su avance, viéndose obligada a realizar grandes promesas para competir con éxito por los escasos fondos para la investigación. Es lo que se denomina 'negocio de las promesas', pues cuanto más asombrosas, más parecidas a la ciencia ficción y más sensacionalistas, mayor difusión y alcance tendrán. Sin embargo, el incumplimiento de promesas puede llegar a crear en el público cierto recelo. Por ello, ante campos como la biología sintética aún en desarrollo, Diéguez propugna la necesidad de clarificar cuáles son los objetivos y los logros actuales de la biología sintética, pero cuáles son también los objetivos y resultados previsibles y realistas que se pueden alcanzar en un futuro próximo.

Diéguez cree necesario que los científicos se impliquen en la reflexión ética sobre su trabajo y lo realicen con humildad y responsabilidad, sabiendo priorizar los intereses generales frente a los particulares. Es, concluye, fundamental para el futuro de la ciencia cuidar este asunto, y sería un error pensar que el debate abierto perjudica a la investigación.

En definitiva, Diéguez ofrece en esta obra un primer acercamiento a una cuestión tan relevante como inquietante cuestionando los argumentos de partidarios y detractores con el fin de hacernos pensar y reflexionar sobre futuras respuestas y regulaciones.